

Memory Lane

TEXTO: MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

Hace algunos días, durante una de esas tardes en que el cambio climático ha hecho presencia en el altiplano central de nuestro país en forma de lluvias más propias del verano que de la primavera, me di a la tarea de ordenar el escritorio que me acompaña fielmente desde 1993. Al abrir el cajón superior, me topé con una sorpresa que se repetiría en los dos inferiores: carpetas y sobres con todo tipo de papeles habían sido remplazados por una avenida desierta y sembrada de árboles frondosos donde se perfilaba una casa con dos ventanas encendidas en la planta alta y parte de la fachada alumbrada por un farol callejero. Era, lo supe, la Calzada de los Recuerdos o Memory Lane, dominada gracias a un truco de la imaginación por la residencia que Magritte plasmó en El imperio de las luces, uno de sus cuadros más célebres.

Empecé, no sin cierto desasosiego, a revisar carpetas y sobres, es decir a vagar por la calle recorrida por un aire vespertino que se desprendía de un cielo cuya brillantez acentuaba las paradojas que suele ofrecer el crepúsculo. Volví a ver, por ejemplo, a algunos de los compañeros de preparatoria que me firmaron el cuadernillo de invitación a la graduación de quienes fuimos miembros de la “Generación 1983-1986 de bachilleres Lic. José Luis Mireles Moreno”; escuché de nuevo sus voces registradas en tinta azul y negra, tratando de reconocermé en aquel a quien se habían dirigido con prematura nostalgia: “Sigue adelante con el cine y tus ambiciones. Es una meta muy difícil de cumplir pero sé que llegarás a ser un buen director de cine”; “Fue muy agradable tu amistad y espero que en el futuro lo sigamos siendo. Te deseo lo mejor y espero que algún día terminemos la película”; “Espero que dentro de escasos 15 años sea yo invitado a la premiere de tu obra póstuma que pondrá en ridículo a todo Cannes”. Vi asimismo a una ex novia que me reclamaba no haberle escrito a Canadá: “Estoy bien y disfrutando esta tierra como no te imaginas [...] Ya que tú no escribes

más que cuentos de perdis mándame unas tres líneas contándome cómo te ha ido”. Vi varias ciudades del mundo reducidas a postales; algunas llevaban anotaciones al reverso –“Hola cómo estás, yo estoy bien y también las que viven en Europa”–, otras se hallaban misteriosamente en blanco. Vi a mi madre sentada en una banca en medio de un paisaje boscoso, esbozando una sonrisa juvenil llena de vida que desmentía su muerte acaecida ese martes de noviembre de 2005 en que una parte de mí se extravió para siempre. Me vi mecanografiando los textos guardados en un fólter de la agencia de publicidad en la que trabajé alguna vez, rotulado con plumón fluorescente “Cuentos/ MMF/ 1989-90”.

La noche descendía sobre Memory Lane con la suavidad algodonosa de las nubes que atraviesan los cielos de Magritte. Cerré los cajones de mi escritorio pero decidí continuar paseando por la avenida vacía, disfrutando el viento que reacomodaba las piezas de mi rompecabezas personal: sueños disfrazados de películas adolescentes que no se terminaron, ilusiones que se convirtieron en realidades un tanto insospechadas, nombres ya sin rostro, rasgos y gestos intactos en lo más profundo de la mente. Me detuve ante la fachada alumbrada por el farol solitario y luego caminé hacia la izquierda, al cancel que se adivinaba en la creciente oscuridad. No había timbre, así que extraje una moneda y golpeé dos veces la reja. El sonido reverberó a lo largo de la calle: una melancolía metálica. Aguardé a que alguien acudiera a mi llamado, pensando que el fulgor que encendía las dos ventanas en la planta alta se debía quizá a la sonrisa de mi madre en el bosque. •

MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

Guadalajara, 1968. Es narrador, ensayista y editor. Su libro más reciente es *Terra cognita* (Fondo de Cultura Económica, 2007).